

ECO–IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

1. Irresponsabilidad Social Corporativa

A nivel internacional, una extensa serie de conferencias y reportes concluye en la formulación de pronunciamientos de políticas de largo alcance, sobre lo que ahora son doctrinas inseparables de la responsabilidad social corporativa, del desarrollo sostenible y del principio preventivo. El proceso continúa hoy, con el Secretario General de las Naciones Unidas, Koffi Annan tomando un profundo interés personal en estas doctrinas y promoviendo activamente su implementación general, expandiendo de esta manera el poder y la influencia de las Naciones Unidas.

Para hacer frente a este creciente dilema, recobrar una medida de control sobre su misión central y llegar de manera más efectiva a la creciente cantidad de grupos de interés, un grupo de compañías multinacionales de 30 países organizaron el *World Business Council for Sustainable Development* (WBCSD). Entre sus miembros están AT&T, BP, Ford, General Motors, Mitsubishi, Monsanto, Nestlé, Procter and Gamble, Río Tinto, Shell, Sony y Toyota. Las compañías dicen que haciendo declaraciones de misión, articulando metas corporativas y un compromiso con varios puntos de referencia a la responsabilidad social corporativa, estarían en condiciones de satisfacer expectativas sociales de manera más consistente.

Obviamente que la mayoría de las compañías modernas aceptan hoy en día estos principios como conceptos básicos de su filosofía corporativa, sean o no miembros del WBCSD. Entienden que en la actualidad todo el mundo espera ser tratado de manera justa y disfrutar de un mundo mejor para sí mismos, sus hijos y sus comunidades. Empleados, ejecutivos, accionistas, clientes y demás partes interesadas, esperan que las compañías respeten sus valores medioambientales y la salud de las personas, que repudien la corrupción, que preserven recursos energéticos y minerales, que minimicen la contaminación, que provean de fuentes de trabajo y que ayuden a los pobres del mundo. Y esperan que las compañías hagan todo esto y que además contribuyan al avance científico, al desarrollo de nuevos productos y tecnologías, al tiempo que refuerzan su posición en el mercado y sus márgenes de ganancia, satisfaciendo cada una de las necesidades de los clientes, culturas y comunidades a las que sirven.

Pero pese a los mejores esfuerzos de las compañías, el dilema corporativo se ha profundizado. Los activistas alegan frecuentemente que muchas compañías firman compromisos de responsabilidad social corporativa para acumular opiniones favorables en la prensa, mejorando así su reputación, desviando las críticas y apaciguando así a los críticos. Otras empresas dicen, simplemente esperan retrasar o simulan anticiparse a nuevas iniciativas de reglamentación, reciben el apoyo de grupos de “inversores socialmente responsables”, obteniendo así ventajas sobre sus competidores o generando material para astutas campañas publicitarias. Fingen estar de acuerdo con la responsabilidad social, con el desarrollo sostenible y con el principio preventivo, según dicen los activistas, “pero mas allá de eso, sólo le preocupan los negocios, como de costumbre”.

Sin embargo, la verdadera raíz del problema es muy diferente de lo que alegan los activistas. La triste verdad es que las doctrinas de la responsabilidad social corporativa (tal como están definidas, interpretadas y aplicadas en la actualidad por los grupos de interés, reguladores, cortes, fundaciones, y cuerpos internacionales de activistas) crean problemas significativos. Y no sólo para las corporaciones, ya que golpean fuertemente a familias, comunidades y naciones, especialmente en el Tercer Mundo.

En demasiados casos son los mismos activistas quienes insisten en definir las “expectativas de la sociedad”, el “bienestar de la sociedad” y aquello que debe “devolverse” a la misma. Año tras año las demandas han aumentado. Y año tras año, en lugar de desafiar a los activistas y a sus doctrinas, muchas compañías tratan de “ponerse a la par”, asumiendo que simplemente pueden traspasar a los consumidores y a los contribuyentes los costos de humillarse ante los extremistas.

Como lo expuso *The Economist*, ellos se niegan a enfrentar inclusive aquellos “reclamos sin sentido” que les formulan. Atentan “contra su propia integridad para competir por un Oscar ético”. Caen lentamente en la trampa de estar de aceptar implícitamente la crítica de que “sus compañías son inherentemente inmorales a menos que demuestren lo contrario y de hecho, culpables hasta que se demuestre su inocencia”.

En resumidas cuentas, intentan jugar el juego de la responsabilidad social corporativa para apaciguar a sus implacables enemigos, olvidándose de la famosa advertencia de Winston Churchill: “Un apaciguador es el último en alimentar a un cocodrilo, esperando ser el último en ser comido”.

Compitiendo por los mejores honores, en varias listas de honor de responsabilidad social, continúa *The Economist*, “pueden conseguir que los activistas dejen de ser una molestia para la compañía” al menos por un tiempo. “...aunque darle el gusto a los grupos de presión correctos puede parecer un precio muy bajo a pagar para mantenerlos tranquilos, en realidad refuerza la convicción de que las compañías tienen una responsabilidad a la que deben responder, aumentando de este modo las críticas y quizás alimentando un clima en el cual pesadas regulaciones podrían tornarse políticamente aceptables”.

Otras corporaciones y muchos países en desarrollo, toman un camino diferente: tratan de redefinir el término para que se adecue a sus propias circunstancias y promueven elementos de interés público que consideran que revisten especial importancia. Mientras que algunos de estos esfuerzos han tenido éxito, muchos otros han fracasado. Los que proponen la responsabilidad social corporativa se erizan ante tal disidencia, mientras continúan su búsqueda de reglas y estándares, cada vez más complejos e inflexibles.

A veces, algunos directores generales y ejecutivos de corporaciones, se hunden ante la presión por un motivo totalmente diferente: para resguardarse ellos y sus familias de repetidas intimidaciones y aún asaltos físicos. El repertorio de los militantes de los métodos “persuasivos” ahora incluye bombas incendiarias, golpizas con cachiporras y demás métodos que seguramente resultan adecuados para cualquier grupo mafioso.

Algunas compañías, sin embargo, buscan fines menos saludables, sucumbiendo ante el *Lado Oscuro* de las fuerzas de la responsabilidad social corporativa. En efecto, las actuaciones de BP podrían estar meramente entre los ejemplos más visibles de una propensión creciente, compartida por corporaciones con y sin fines de lucro:

Para estirar la verdad... reinventar la realidad... sustituir propagandas exageradas, confusas y astutas, por la honestidad... y tomar a la ligera la ética, las leyes y las cifras — para promover productos y programas, atraer inversionistas (o donantes) y convencer a periodistas, políticos, jueces y reguladores para que conviertan a las agendas corporativas y activistas en políticas públicas coercitivas.

Algunos grupos activistas en particular, han sido particularmente creativos a la hora de promover sus agendas, escondiéndolas bajo el manto del “interés público” o de la “responsabilidad

social”. Al hacerlo, muchos sacan ventaja del hecho de que no se espera de sus compañías sin fines de lucro el mismo estándar ético, o que estén sujetas a las mismas leyes y reglamentaciones que se aplican a compañías con fines de lucro. Se comportan como si no fueran responsables por sus abusos de confianza o por las consecuencias negativas de sus acciones, porque ellos son “los guardianes del interés público” y son demasiado importantes para su comunidad local (e incluso para el mundo) como para ser “restringidas” por reglas que gobiernan a las organizaciones con fines de lucro.

Lo que revela todo esto es una profunda y preocupante convergencia de ideología, activismo, mercadeo, política y ganancia financiera, para radicalizar más aún las agendas políticas. De hecho, hoy en día puede afirmarse que ése es el “*modus operandi*” de los enormes grupos “éticos” multinacionales de inversión y de aquellas fundaciones y ONGs que dominan cada vez más el escenario político global. Muchos de los grupos de presión trabajan mano a mano con las compañías, condenándolas o haciéndolas caer un día, y al día siguiente aceptando secretamente sus contribuciones o concibiendo de manera conjunta estrategias en cuanto a regulaciones y manejo de las relaciones públicas.

Charles Schwab argumenta que la confianza en las empresas se restablecerá en cuanto cuando las compañías comiencen a aceptar tres principios fundamentales: transparencia, revelación y responsabilidad. No hay razones para que el cumplimiento de estos mismos requisitos no puedan ser exigidos a agentes activistas con poder y sin consenso, tales como *The Nature Conservancy*, *NRDC*, *Greenpeace*, *Friends of the Earth*, *Amnesty International*, o los burócratas de Estados Unidos, de la Unión Europea y de las Naciones Unidas, cuyos fondos pagados por quienes pagan impuestos apoyan a organizaciones de activistas.

Sin embargo, hoy en día se está comenzando a entender que la búsqueda de la integridad debe también exigirse a grupos de presión radicales, a firmas de inversores socialmente responsables y demás activistas que intentan utilizar recursos públicos y regulaciones para imponer su visión del mundo. Ellos también deberían ser investigados muy de cerca y obligados a operar siguiendo las mismas reglas que gobiernan a la sociedad toda.

Hace mucho que se les ha agotado el tiempo a las ONGs, grupos de interés y burócratas gubernamentales para empezar a cumplimentar todo aquello que les exigen a las empresas: adopción de estándares éticos, penalizaciones internas y respeto de las leyes y regulaciones que aplican las mismas reglas éticas y estándares que ellos mismos exigen a Wall Street, empresas y asociaciones profesionales y demás corporaciones con fines de lucro.

En pocas palabras, los grupos activistas necesitan aplicar lo que el WBCSD sugirió que hicieran todas las corporaciones: demostrar que pueden “comportarse en forma ética y responsable, en compensación de todas las libertades y oportunidades que la sociedad les otorga”.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

2. Las Raíces del Eco-Imperialismo

En el fondo está el hecho de que la doctrina de la responsabilidad social corporativa (participación de grupos de interés, desarrollo sostenido, principio preventivo y una visión particularmente sombría del mundo) refleja principalmente las preocupaciones, preferencias y visión pesimista que tiene del mundo un reducido grupo de políticos, burócratas, académicos, ONGs multinacionales y fundaciones ricas de acaudalados países desarrollados. Estos, autodenominados guardianes del bien público, no comprenden bien (y a veces les tienen una profunda aversión) a los negocios, al capitalismo, a las economías de mercado, a la tecnología, al comercio global y al papel vital que tienen las ganancias en la generación de innovaciones y progreso.

Sin embargo, son ellos quienes proclaman e implementan los criterios por los cuales las empresas deben ser juzgadas, deciden cuáles metas de la sociedad son importantes, determinan si estas se están alcanzando o no, e insisten en que se relegue a un *status* inferior a todas aquellas necesidades, puntos de vista y preocupaciones que los contradigan. Al hacer esto buscan imponer su visión del mundo y cambiar a la sociedad a su manera, cosa que no han podido lograr a través del voto popular o por medio de decisiones legislativas o judiciales.

Implicitas a estas doctrinas hay varias premisas falsas y pesimistas que constituyen la esencia del ambientalismo ideológico. Los eco-activistas creen equivocadamente, por ejemplo, que los recursos energéticos y minerales existen en cantidades finitas y que se están agotando rápidamente; que las actividades que llevan a cabo las corporaciones, especialmente las grandes compañías multinacionales, resultan inevitablemente en el agotamiento de recursos, en la degradación del medioambiente, y en el deterioro de la salud humana y de la sociedad toda, en el daño social y en un inminente desastre para el planeta; y que lo que dirige la toma de decisión de las corporaciones son las ganancias y no las necesidades y deseos de la sociedad y que bajo ningún punto de vista existe el deseo de servir a la humanidad.

En suma, las doctrinas de la responsabilidad social corporativa se basan demasiado en la animosidad hacia las compañías y sus beneficios, demasiado en problemas conjeturales e hipotéticas necesidades de las generaciones futuras y muy poco en las necesidades reales, inmediatas, de vida o muerte, de las generaciones presentes, especialmente de los billones de habitantes de zonas rurales pobres en países en desarrollo. Estas doctrinas mutantes otorgan a los activistas una fuerza sin precedente para imponer los estándares más elevados del mundo desarrollado a compañías, comunidades y naciones, mientras ignoran las necesidades, prioridades y aspiraciones de quienes luchan a diario simplemente por sobrevivir.

De hecho, para implementar estas doctrinas es necesario un fuerte control centralizado de la tierra y del uso de la energía, de la producción económica y del consumo, de la capacidad de innovación e iniciativa corporativa de los mercados, del transporte, del trabajo, del comercio, de la vivienda, de los procesos de elaboración de políticas, y de la vida diaria de las personas. Bajo la agenda de los activistas el control sería monitoreado y ejecutado a través de las Naciones Unidas, la Unión Europea, Estados Unidos y otras agencias gubernamentales. Todo esto es la antítesis a la defensa de la propiedad privada, el capitalismo y la libertad de las naciones, comunidades, compañías, e individuos de tomar sus propias decisiones de acuerdo con sus propias preferencias

culturales o sus necesidades sociales y de este modo, constituye la total oposición a una mayor prosperidad, salud humana y calidad medioambiental.

Podríamos decir entonces que la versión ideológica de la responsabilidad social corporativa está en franca oposición con los sistemas que han generado mayor riqueza, oportunidades, desarrollo tecnológico y mejoras en cuanto a salud y medio ambiente en toda la historia de la humanidad. El verdadero efecto es entonces la cesión de la toma de decisiones a unos pocos; la reducción de la competencia, las innovaciones, el comercio, las inversiones y la vitalidad económica, perjudicando de esta manera, todas aquellas posibles mejoras futuras de la sociedad, la salud y el medioambiente.

En suma, la responsabilidad social corporativa (como se define y aplica hoy en día) ignora las legítimas aspiraciones y necesidades de la gente de bajos o medianos ingresos del mundo desarrollado. No debería sorprendernos que la gente pobre de los países en desarrollo, consideren a la responsabilidad social corporativa como una forma virulenta de neo-colonialismo, lo que muchos llaman eco-imperialismo y no como un mecanismo para mejorar sus vidas.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

3. Bosta de Vaca para Siempre

Los pobres del tercer mundo desearían poder cambiar sus chozas por viviendas modernas y disfrutar de agua corriente, refrigeración, luz eléctrica y otras necesidades básicas que los occidentales y elites intelectuales y gubernamentales dan por sentadas en sus países. Los pobres del tercer mundo quisieran ver que sus hijos superen los cinco años de edad y esperan un futuro aun mejor para sus nietos. Son concientes de que la electricidad y la energía les procurarían poder económico y político para:

- determinar sus propios destinos;
- construir escuelas e industrias modernas, fomentando así oportunidades educativas y de trabajo;
- proveer suficientes alimentos para que la desnutrición y el hambre sean un recuerdo lejano; y
- mejorar la calidad de su salud y la del medio ambiente, construyendo hospitales modernos, plantas de purificación de agua y plantas para el tratamiento de agua servida, industrias y demás facilidades que son cosa de todos los días en el mundo desarrollado.

Se resisten a que sus elecciones sean dictaminadas por activistas ambientales del Primer Mundo, con el pretexto del desarrollo sostenible, del principio preventivo y de la responsabilidad social corporativa. Como dijo una mujer Gujarati de la India a un equipo de noticias de televisión: “No queremos estar encerrados como en un museo” en estilos de vida primitivos a los que Hollywood y los extremistas verdes han sabido dotar de gran romanticismo y al mismo tiempo continuar rodeados de pobreza, enfermedad, desnutrición y muerte prematura.

Se escandalizan ante comentarios como los que hizo Brent Blackwelder, presidente de *Friends of the Earth*, en un documental televisivo:

“No es posible que la gente tenga el estilo de vida material del ciudadano americano promedio. Ese no es necesariamente un modelo sano al cual aspirar. Podríamos enumerar infinidad de maneras en que los americanos son muy infelices, porque no pueden disponer de tiempo suficiente para estar con sus familias o amigos. No poseen un sentido de comunidad ¿Quién podría querer importar tal concepto al resto del mundo?”

El hecho de que Blackwelder y otros ideólogos ambientalistas aún sugieran que un “ritmo agitado” o una supuesta “pérdida de comunidad” es comparable a los estragos que sufre la gente empobrecida de la India o África parece increíble. James Shikwati de Kenya, describe de manera concisa este fenómeno preguntándose: “¿Quién les ha dado el derecho a las naciones desarrolladas a tomar decisiones por los pobres?”.

Refiriendo al principio preventivo y al concepto de desarrollo sostenible, los medioambientalistas se preocupan por la contaminación del aire, por la “insostenible” quema de combustibles fósiles y por los “riesgos hipotéticos y de largo plazo de un cambio en las

condiciones climáticas”, apunta Barun Mitra. Pero “ignoran abiertamente los verdaderos riesgos que enfrentan los pobres en la actualidad”, tales como la contaminación dentro de las viviendas en manos de la combustión de “combustible de biomasa renovable”.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) dice que cerca de 1.000 millones de habitantes, principalmente mujeres y niños, se exponen anualmente a una grave contaminación del aire. La OMS afirma que la contaminación del aire bajo techo mata unas 4 millones de personas en el mundo cada año, incluyendo a niños e infantes, principalmente a causa de enfermedades respiratorias tales como la neumonía. Los combustibles de biomasa también contribuyen a un asma rampante entre las mujeres o cáncer de pulmón en aquella mujeres que han tenido la “suerte” de sobrevivir lo suficiente como para tener la posibilidad de contraerlo.

“La tala no sostenible de leña en zonas marginales también conduce a la erosión y degradación medioambiental”, apunta Mitra. “Una menor productividad económica, un mayor sufrimiento humano, la pérdida de vidas e impactos negativos al medioambiente, son claras consecuencias de la dependencia actual de la energía “renovable”. Y sin embargo, “Los gobiernos europeos, los burócratas del tercer mundo, empresas como *The Body Shop* (El negocio del cuerpo) y la *European Wind Energy Association* (Asociación Europea de Energía Eólica), y ONG’s tales como *Greenpeace*, han decidido que la “energía renovable” y el “desarrollo limpio” son el futuro para los países del tercer mundo”.

Las fuentes de energía eólica y solar ciertamente jugarán un papel, especialmente para pueblos aislados. Sin embargo, a menos que las plantas de combustibles fósiles e hidroeléctricos consigan mayor prominencia y se tornen mas asequibles y eficientes, la energía confiable, el crecimiento económico, una mejor calidad de vida y del medio ambiente, “seguirá siendo un sueño y no una realidad” para todos los habitantes del Tercer Mundo, enfatiza Mitra.

En la forma en que lo ven Mitra y Shikwati, lo que realmente necesita el mundo en desarrollo no es desarrollo sostenible sino un “desarrollo sostenido” y la puesta de un punto final a la “pobreza sostenible” que ha plagado a estas naciones por varios siglos. Los grupos ambientalistas de presión ven las cosas de una manera muy distinta.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

4. Jugando con Gente Hambrienta

Casi 2,5 millones de personas estuvieron al borde de la inanición solamente en Zambia, donde el presidente Levy Mwanawasa se doblegó ante la presión de las ONG's y las políticas de la Unión Europea, rechazando aceptar la ayuda alimenticia de los Estados Unidos.

Estados Unidos embarcó 26.000 toneladas de maíz a Zambia, donde muchas personas sobrevivían con menos de una comida al día, sólo para ver que los granos se quedaran almacenados. Repitiendo continuamente lo indicado por los lineamientos de la Unión Europea y de Greenpeace, Mwanawasa decretó que dicho alimento no era seguro para el consumo, ya que parte del maíz había sido modificado genéticamente para hacerlo resistente a insectos dañinos, disminuir su necesidad de pesticidas y aumentar el rendimiento de los cultivos sin tener que cultivar más tierras.

“Preferimos morir de hambre antes que aceptar algo tóxico”, remarcó arrogantemente Mwanawasa. Funcionarios anónimos de la comisión europea llegaron a acusar a los Estados Unidos de utilizar a los africanos como conejillos de India para demostrar que el consumo de los alimentos obtenidos por biotecnología es totalmente inofensivo. Entre los lugareños circularon rumores de que las mujeres se volverían estériles y que la gente contraería SIDA si consumían dicho trigo.

El hecho de que los americanos hayan consumido este trigo durante años no cambió la posición de Mwanawasa (más del 34 por ciento de la producción de trigo de Estados Unidos y más del 78 por ciento de su producción de soja está modificados genéticamente). Tampoco lo disuadieron varios estudios científicos que concluyen que los alimentos modificados genéticamente son saludables, ni las demandas de su propia gente hambrienta que en varias ocasiones intentaron tomar los almacenes por la fuerza.

En cuanto al Presidente Mwanawasa y sus elites del gobierno, ellos tampoco pasarán hambre. Ni el Sr. Mugabe ni sus compinches, que consumen alimentos y bienes lujosos importados de Europa. Ellos, sin embargo, se beneficiarán mucho del comercio agrícola y de todo tipo con los países de la Unión Europea que amenazan con sancionar a sus países si los africanos se atrevieran a importar, exportar o cultivar alimentos modificados genéticamente. El miedo real de las elites, en otras palabras, no son los alimentos “infectados”, sino la preocupación de que los fanáticos de los alimentos europeos decreten que los cultivos africanos han sido contaminados con productos de los Estados Unidos. Sin embargo, las masas desesperadas de africanos continúan sufriendo de hambre.

Los expertos en biotecnología Gregory Conko y el doctor Henry Miller, denuncian directamente los actos de la Unión Europea, de las Naciones Unidas y de los extremistas verdes. Este “compromiso de auto-servicio es una exagerada y poco científica regulación de la biotecnología”, argumentan “y logrará retrasar la investigación y el desarrollo agrícola, promoverá el daño al medio ambiente, y traerá hambre a millones de personas en los países en desarrollo”. El “protocolo de bioseguridad” patrocinado por las Naciones Unidas, que regula el intercambio internacional de organismos cuyos genes han sido modificados, se basa en un “falso principio preventivo”, que

asume erróneamente que existen alternativas libres de riesgo y que imponen a las innovaciones un estándar del tipo: *culpable hasta que se demuestre su inocencia*.

Es así como hoy en día los reguladores ya no deben demostrar que es posible que una nueva metodología sea dañina. Por el contrario, el innovador debe demostrar que la tecnología **no** causa ningún daño. Peor aún, “los entes reguladores tienen la libertad de solicitar de manera arbitraria cualquier cantidad y tipo de pruebas que quieran.... El protocolo de bioseguridad establece un proceso de regulación muy mal definido que permite que reguladores excesivamente renuentes al riesgo, incompetentes y corruptos apliquen el principio preventivo para lograr el aplazo de aprobaciones”, tales como el caso de la moratoria por largos años de permisos de la Unión Europea aplicados a las plantas manipuladas genéticamente.

El principio impone las ideologías y fobias infundadas de los opulentos activistas del Primer Mundo para justificar restricciones severas al uso de sustancias químicas, pesticidas, combustibles fósiles y biotecnología a la gente del tercer mundo, es decir a aquellos que cuentan con menos recursos para poder pagarlas. La oposición a la biotecnología es “un lujo que pueden darse en el norte”, dice la Dra. Florence Wambugu, agrónoma de Kenya y agrega: “Aprecio las preocupaciones éticas, pero todo aquello que no ayude a alimentar a nuestros hijos no puede ser considerado ético”.

El Dr. Patrick Moore, ecologista y cofundador de *Greenpeace* esta de acuerdo con la Dra. Wambugu. Quien nos confiesa haberse convertido en un fuerte crítico del grupo que una vez lideró, subraya los “enormes beneficios potenciales” que los cultivos genéticamente modificados podrían tener “para el medio ambiente, la salud humana y la nutrición” asegurándonos además que la guerra contra la biotecnología y los organismos modificados genéticamente (OMG) es “quizás el caso más claro de ambientalismo equivocado” de la historia.

“Si las naciones ricas de hoy decidieran detener o retrasar el reloj, seguirían siendo ricas”, apunta Robert Paarlberg, investigador político de Wellesley College. “Pero si detenemos el reloj para los países en desarrollo, sus habitantes continuarán estando pobres y hambrientos” y miles, quizás millones, de sus hijos morirían.

África desperdició la primera “Revolución Verde”. Esta revolución, promovida por el Dr. Norman Borlaug, granjero e investigador agrícola de Iowa, llevó nuevas variedades de maíz a México, nuevas cepas de trigo a la India y un tipo nuevo de arroz a China, salvando de este modo la vida de aproximadamente mil millones de personas. Los africanos no pueden permitirse el lujo de desperdiciar la revolución verde de la biotecnología.

Según lo explica el Dr. Borlaug: “Hoy hay 6.600 millones de personas en el planeta. Con el cultivo orgánico podríamos alimentar solamente a 4.000 millones de dichas personas. Las otras 2.000 millones, ¿se ofrecerán como voluntarias para morir?” ¿Quiénes serán los 2.000 millones de voluntarios que ofrecerán *Greenpeace*, *el World Wildlife Fund* y *el Earth Liberation Front* para morir?

El economista Indur Goklany ha calculado que si el mundo tratara de alimentar a sus 6.000 millones de habitantes utilizando principalmente tecnologías orgánicas y rendimientos que datan de 1961 (tecnología anterior a Revolución Verde), tendría que cultivar el 82 por ciento de su área total de suelo, en lugar del 38 por ciento que ocupa en la actualidad. Eso implicaría arar los bosques húmedos de la cuenca del Amazonas, irrigar el desierto del Sahara y drenar la cuenca del río Okavango en Angola. El único logro de los cultivos orgánicos, dice C. S. Prakash, profesor de genética vegetal de la Universidad de Tuskegee y presidente de la Fundación AgBioWorld, son “la pobreza y la desnutrición”.

Ninguno de estos argumentos intenta insinuar que la biotecnología constituye la bala mágica que transformará la agricultura del Tercer Mundo. Sin embargo, es un arma vital en la guerra contra la desnutrición, el hambre y las enfermedades. En cambio sí podemos afirmar que modernas tecnologías, fertilizantes y pesticidas, mejores infraestructuras de transporte, programas integrales de protección de cultivos, mejor entrenamiento en el manejo de sustancias químicas, la conducción de granjas y haciendas en forma empresarial y la creación de organizaciones más fuertes que le otorguen a los agricultores mayor participación en la toma de decisiones, la biotecnología y los cultivos genéticamente modificados podrían jugar un rol crucial en los países en desarrollo.

En resumen, aún si el peor de los escenarios que difunden los activistas antibiotecnología (o antipesticidas) fuera realista y aún si se pudiera evitar que estas tecnologías fueran implementarse en Estados Unidos o Europa, a los países en desarrollo se les debería permitir utilizarlas. De hecho, debería dárseles incentivos para que lo hagan. Las vidas de su gente y de su vida silvestre lo justifican.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

5. Mosquitos Sostenibles – Personas Prescindibles

Fiona “Fifi” Kobusingye es una diseñadora y empresaria de 34 años de edad de Kampala, Uganda. A comienzos de noviembre de 2002 luego de consultar a su médico porque se sentía fatigada, descubrió que tenía malaria. Su sobrina de tan solo un año de edad suele tener escalofríos y llorar todas las noches porque sufre de un importante fallo renal, causado por la malaria. Su hermana estuvo gravemente enferma de malaria y debieron hospitalizarla por lo que su madre debió viajar a Kampala para ayudar a toda la familia, con lo que terminó ella misma en el hospital y en manos de la misma enfermedad.

“Nuestra familia y comunidad está sufriendo y muriendo de esta enfermedad y hay demasiados europeos y medioambientalistas que tan sólo se preocupan por proteger al medio ambiente” dice Kobusingye. “¿Pero qué será entonces de las personas? Los mosquitos están por todas partes; uno intenta pensar que está seguro, pero en realidad jamás lo está. Los europeos y los americanos pueden darse el lujo de engañarse entre sí con el tema de la malaria y los pesticidas, pero nosotros no podemos”.

“La hija de mi amigo, de cuatro años de edad no ha podido caminar por varios meses a causa de la malaria que contrajo” afirma Fifi Kobusingye de Kampala. “Se retuerce en el piso, sus ojos se salen de sus orbitas como los de un camaleón, su cabello se ha resecao y su estómago se ha inflamado porque los parásitos se han apoderado de su hígado. Su familia no tiene dinero para ayudarla y tampoco lo tiene el gobierno de Uganda. La única opción que tienen es cuidar de ella y acompañarla en su sufrimiento a la espera de una muerte segura”.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) y demás estudios científicos, en el año 2000 la malaria infectó a más de 300 millones de personas, matando a casi a 2.000.000 de ellas (la mayoría estas habitan en una región ubicada al sur del desierto del Sahara, en África). Más de la mitad de estas víctimas son niños, que mueren a un ritmo de dos por minuto, es decir 3.000 por día, lo que equivaldría a que 80 colectivos cargados de niños se desbarranquen por un precipicio todo los días del año. Desde 1972, más de 50 millones de personas han muerto de esta espantosa enfermedad. Muchos están debilitados por el SIDA o la disentería, pero en realidad mueren de malaria.

Estas cifras corresponden a muertes reales y no simplemente a muertes teóricas basadas en extrapolaciones de estudios realizados con roedores (como en el caso del Alar, una sustancia química que regula el crecimiento, que fue sujeta a un ataque virulento y a una campaña para recaudar fondos del *Natural Resource Defense Council* y de *Fenton Communications* en 1989) o catástrofes hipotéticas (como los escenarios de inundaciones y sequías generados por algunos modelos computados de cambios climáticos).

Todas estas muertes se deben en buena parte a restricciones casi globales a la producción, exportación y utilización del DDT. Impuesta originalmente en Estados Unidos por el administrador de la *Environmental Protection Agency* (EPA), William Ruckelhaus en 1972, la prohibición del DDT se han expandido y ejecutado por presión de las ONG's, tratados basados en la coerción y amenazas de sanciones económicas de fundaciones, países y agencias de ayuda internacional.

Esta claro que donde se usa el DDT la malaria disminuye estrepitosamente y que donde no se lo usa, aumenta a gran velocidad. Por ejemplo, en el Sudáfrica, la nación más desarrollada de ese continente, la malaria se ha mantenido muy baja (menos de 10.000 casos al año) gracias a la cuidadosa utilización del DDT. Pero en 1996 la presión de los medioambientalistas convenció a los directores del programa a la suspensión del uso del DDT, lo que concluyó en una de las peores epidemias en la historia del país, con unos 62.000 casos comprobados tan sólo en el año 2000.

Poco después de este pico de la enfermedad, Sudáfrica volvió a legalizar el DDT. En tan sólo un año los casos de malaria se desplomaron en un 80 por ciento y en dos años volvieron a no superar los 10.000 casos anuales. En Mozambique, el vecino país donde no permiten el DDT, las tasas de malaria permanecen altísimas. Se han registrado experiencias similares en Zambia y otros países africanos, Sri Lanka y Bangladesh.

No existe sustancia química similar al DDT en cuanto a su bajo costo, su efectividad para *repeler* mosquitos de las viviendas, *exterminar* a los que se posen en las paredes y *desorientar* a los que no hayan sido repelidos; eliminando gran parte de la urgencia que tienen de picar en viviendas que han sido tratadas una o dos veces al año con pequeñas cantidades de este milagroso insecticida. Recordemos que para muchos países empobrecidos, que están luchando por recuperar economías destrozadas por décadas de enfermedades y guerras civiles, el costo y la efectividad son factores clave.

Los insecticidas sustitutos resultan muy pocas veces apropiados para este fin. Al tiempo que los carbamatos funcionan bien, son de cuatro a seis veces más caros que el DDT y deben aplicarse con más frecuencia. Los organofosfatos son peligrosos y por ello no son apropiados para su utilización en las viviendas; además los mosquitos han desarrollado una enorme resistencia a los piretroides sintéticos gracias a su uso extensivo en aplicaciones agrícolas.

Para los países pobres de África, Asia y Latinoamérica, el costo es una cuestión determinante. No sólo necesitan sus recursos limitados para otras prioridades de salud pública, como el caso de la obtención de agua potable, sino que además cuentan con una infraestructura mínima en cuanto a lo medicinal y lo sanitario. Cada dólar que gastan en el control de la malaria es un dólar con el que no cuentan para otras satisfacer otras necesidades sanitarias. "El DDT es una solución duradera mientras que sus alternativas no lo son" dice el profesor Roberts. "El DDT es barato, las alternativas no. Fin de la discusión".

El DDT no es una "súper arma" que puede reemplazar a todas las demás, ni es adecuado a todas las situaciones. Sin embargo, es un arma vital (en muchos casos "la mayor tecnología disponible") en una guerra que debe pelearse contra varias especies de mosquitos (vectores) y parásitos de la malaria en constante mutación, en diferentes terrenos y culturas, y bajo una amplia variedad de viviendas y demás factores. Como en el caso de cualquier ejército, los trabajadores del campo de la salud deben tener acceso a cualquier arma disponible. Armarles a todos con una única solución para todos los casos (tanques y pistolas, mosquiteros y medicamentos) es muy poco escrupuloso.

Es evidente que se necesitan nuevos pesticidas, sustancias químicas, medicamentos y drogas. Sin embargo, el desarrollo y el uso de los mismos se ve obstaculizado por la falta de fondos (en África), por una dependencia excesiva del principio preventivo (especialmente en Europa), por

las demoras en la aprobación de medicamentos y por la amenaza omnipresente de juicios de responsabilidad multimillonarios (especialmente en Estados Unidos). Aún si algún día pudieran convertirse en un sustituto confiable del DDT, es posible que mientras tanto mueran decenas de millones de personas. Explicándolo en forma más sencilla, la idea de que existen alternativas para el DDT o que existirán en un futuro cercano, es la manera más mortal de ilusionarse, promovida por quienes ya han establecido firmemente su posición ideológica contra el DDT en cualquier lugar, no importa el momento ni la circunstancia y que se aferran a ella como las lapas a las rocas.

Incluso el *New York Times* (que generalmente toma partido por los grupos medioambientalistas radicales) asegura que el mundo desarrollado “ha sido inescrupulosamente mezquino a la hora de financiar la guerra contra la malaria e investigaciones para encontrar alternativas al DDT”. Hasta que encuentren una, las naciones ricas deberían estar ayudando a los países pobres con todos los medios disponibles, incluyendo el DDT”. Pero aún así los activistas antipesticidas como Greenpeace y WWF permanecen indiferentes.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

7. El Espejismo de la Energía Renovable

La noción de que se nos están agotando los recursos energéticos y metalúrgicos refleja una pésima comprensión de los principios básicos de la economía minera. Las “reservas comprobadas” no constituyen un número estático. Reflejan lo que podemos esperar extraer de depósitos cuya existencia conocemos, a un precio en particular, con la tecnología disponible. A medida que se descubren nuevos depósitos, los precios aumentan, nuevas tecnologías son desarrolladas, el tamaño de las reservas comprobadas también aumenta y por lo general, lo hacen de manera significativa.

En mayo del 2003, para citar solo un ejemplo, Canadá aumentó sus cifras respecto de las cantidades comprobadas de petróleo en su poder, de 4 billones a 180 billones de barriles. Literalmente, de la noche a la mañana, se convirtió en un depósito global de petróleo, ubicándose inmediatamente luego de Arabia Saudita e Irak en la lista de quienes poseen mayores reservas en el mundo. Canadá pudo hacer esto simplemente por reconocer que a sólo \$15 el barril, sus vastas reservas de arena alquitranada eran comercializables y explotables tecnológicamente.

Es importante recordar que las necesidades societarias y los avances científicos modifican constantemente los tipos y cantidades de energía y recursos metálicos y no metálicos que necesitamos. Gracias a los avances en cuanto a tecnologías de extrusión, las latas de aluminio son hoy en día un 30% más livianas que las producidas en la década del sesenta, reduciendo significativamente la cantidad de metal necesaria para producir un billón de latas. Adelantos en cuanto a las fuerzas de tensión y en los diseños arquitectónicos, contribuyen a que los edificios elevados requieran en la actualidad un 35% menos de acero de lo que requerían hace veinte años atrás. Hoy, un sólo cable de fibra óptica, fabricado con 60 libras de arena de sílice (el elemento más abundante del planeta) transporta cientos de veces más información que un cable antiguo confeccionado con 2.000 libras de cobre.

Tercero y quizás lo más importante, es que el hecho de que las ONGs y quienes deciden las políticas en el hemisferio norte les digan a las naciones del tercer mundo que deben basarse en la energía eólica y en la solar (y dejar de lado proyectos hidroeléctricos o de combustibles fósiles) es privar a las personas más pobres del mundo de energía confiable y asequible. Es condenar a billones de personas a una pobreza y miseria permanentes. Y no se lo hace por ninguna razón valedera, tan sólo para promover las ideas de activistas cuya indiferencia ante tanta pobreza resultará eventualmente en su propia ruina.

10. El Fraude del Inversionista

¿Es cierto que algunas consultoras de inversiones utilizan tácticas engañosas y fraudulentas para denigrar a ciertas compañías y atraer a los inversores a determinadas compañías por ellos privilegiadas?. ¿Sus promesas y proyecciones sobre futuras ganancias reflejan reclamos ambiguos

sobre energía y medioambiente? ¿Contribuyen con esta estrategia las relaciones que existen entre fundaciones, corporaciones, activistas, grupos de inversión socialmente responsables y ciertos analistas de la bolsa de valores?.

Lamentablemente, la respuesta perturbadora parece ser que si.

Los inversores perdieron miles de millones en el 2002, cuando las prácticas deshonestas de Enron, Global Crossing, WorldCom, Tyco y Arthur Andersen entre otras compañías se hicieron públicas y su castillo de cristal financiero colapsó.

Fortune, Business Week, el Washington Post y el New York Times, activistas, ciudadanos y políticos pidieron a gritos juicios, nuevas regulaciones y castigos más severos. Según lo que dijeron, estas medidas son muy necesarias para detener la adulteración de libros contables, mentiras y afirmaciones engañosas y demás distorsiones de los hechos y fiscalizar el abuso de confianza, los abusos de poder, el enriquecimiento desmedido y el fraudulento.

Quizás ahora sea el momento de garantizar que nuestros viejos principios y normas, nuevos y redescubiertos, sean puestos sobre la mesa. Deben gobernar no sólo a las compañías sino también a los activistas de ONGs, analistas, consultores y fundaciones que se involucran en prácticas mentirosas al estilo Enron para profundizar sus objetivos políticos, ideológicos y financieros.

En esta era crítica en que las corporaciones con y sin fines de lucro, los grupos de activistas, las consultoras de inversión, los fondos de inversión institucional y las grandes fundaciones, ejercen una enorme influencia sobre nuestra economía, política pública y sobre el desempeño de compañías individuales, nuestro actual sistema permite que estos grupos selectos se desempeñen bajo reglas muy distintas.

Bajo cualquier definición e interpretación razonable de la ley (particularmente tras la ley de reforma corporativa de *Enron, WorldCom, Global Crossing y Sarbanes-Oxley*) este análisis e intento de derrocamiento es falaz y poco ético. Ésta y otras tácticas similares deben ser investigadas por el Congreso de la nación, la Comisión Federal de Comercio y la Comisión de Seguridad e Intercambio.

La Campaña Exxon Mobil fue concebida para obligar a Exxon Mobil a asumir una “postura responsable en cuanto al calentamiento global” y destinar “inversiones importantes para encontrar soluciones”. Sus tácticas incluyen: teatro callejero, campañas de cartas, resoluciones de accionistas, juicios escandalosos para “sentenciar” a la compañía por violaciones a los derechos humanos “y un poder corporativo ilimitado”; además de amenazas hábilmente disimuladas de pleitos judiciales y de “acción directa”. Pero aquí hay más de lo que puede verse y más de lo que la Campaña Exxon Mobil quiere que la gente vea.

La Campaña Exxon Mobil es en realidad un grupo para la *Fundación de Texas para la Educación de Energía y Medio Ambiente (FTEEM)*. FTEEM, a cambio, recibe su dinero de *Energy Foundation*, un conglomerado de siete fundaciones gigantescas de izquierda: la fundación Rockefeller, Pew Charitable Trusts, la fundación John D. y Catherine T. MacArthur, la fundación Packard, la fundación Hewlett, la fundación McKnight y la fundación Joyce Mertz-Gilmore. Estos gigantes totalizan activos por 21 mil millones de dólares, obtenidos en su mayor parte de multinacionales.

Otro jugador importante en los esfuerzos contra Exxon Mobil es *CorpWatch*, que se esconde bajo el paraguas protector de *Tides Center*, un discreto “fondo aconsejado por donantes” que obtiene grandes sumas de dinero de corporaciones y fundaciones poderosas.

Tratar de entender como trabajan estos grupos, sus interconexiones y la forma en que lavan dinero, tomaría muchas horas de ardua investigación ya que esta información no está disponible para el inversor común o el ciudadano interesado.

De hecho, luego del caso Enron, casi todas las relaciones imaginables de comprador-vendedor, consumidor-mercader, relación publica-corporativa están siendo examinadas mucho más en detalle que en el pasado. Pero las relaciones de largo alcance que aquí se detallan siguen sin ser revisadas y continúan libres de las acciones legislativas, reguladoras y judiciales.

Nadie está sugiriendo que las organizaciones de activistas medioambientales no deberían tener el derecho a organizarse, de hablar acerca de su causa y de promoverla. Sin embargo, deberían hacerlo respetando las leyes, las normas y las guías éticas que gobiernan a las empresas y asociaciones comerciales con fines de lucro.

La capacidad de este cartel de organizaciones de para manipular mercados y precios, presionar a compañías y consumidores, engañar a los inversionistas y violar numerosos códigos de ética es enorme. Sus conflicto de intereses es claro y evidente y su integridad esta en la misma situación.

Ha llegado la hora de que Robert Monks, Claros consulting, Exxon Mobil Campaign y todo su grupo de aliados se limpien de pecado. Que hagan todo lo que le obligan a hacer a las corporaciones lucrativas. Que abran sus libros y proporcionen una revelación completa de sus reuniones, contactos y relaciones monetarias y otras, directas o indirectas. Que actúen de acuerdo a las leyes de falsa publicidad y acaten las normas aceptadas de honestidad, integridad y responsabilidad.

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

10. El Fraude del Inversionista

¿Es cierto que algunas consultoras de inversiones utilizan tácticas engañosas y fraudulentas para denigrar a ciertas compañías y atraer a los inversores a determinadas compañías por ellos privilegiadas?. ¿Sus promesas y proyecciones sobre futuras ganancias reflejan reclamos ambiguos sobre energía y medioambiente? ¿Contribuyen con esta estrategia las relaciones que existen entre fundaciones, corporaciones, activistas, grupos de inversión socialmente responsables y ciertos analistas de la bolsa de valores?.

Lamentablemente, la respuesta perturbadora parece ser que si.

Los inversores perdieron miles de millones en el 2002, cuando las prácticas deshonestas de Enron, Global Crossing, WorldCom, Tyco y Arthur Andersen entre otras compañías se hicieron públicas y su castillo de cristal financiero colapsó.

Fortune, Business Week, el Washington Post y el New York Times, activistas, ciudadanos y políticos pidieron a gritos juicios, nuevas regulaciones y castigos más severos. Según lo que dijeron, estas medidas son muy necesarias para detener la adulteración de libros contables, mentiras y afirmaciones engañosas y demás distorsiones de los hechos y fiscalizar el abuso de confianza, los abusos de poder, el enriquecimiento desmedido y el fraudulento.

Quizás ahora sea el momento de garantizar que nuestros viejos principios y normas, nuevos y redescubiertos, sean puestos sobre la mesa. Deben gobernar no sólo a las compañías sino también a los activistas de ONGs, analistas, consultores y fundaciones que se involucran en prácticas mentirosas al estilo Enron para profundizar sus objetivos políticos, ideológicos y financieros.

En esta era crítica en que las corporaciones con y sin fines de lucro, los grupos de activistas, las consultoras de inversión, los fondos de inversión institucional y las grandes fundaciones, ejercen una enorme influencia sobre nuestra economía, política pública y sobre el desempeño de compañías individuales, nuestro actual sistema permite que estos grupos selectos se desempeñen bajo reglas muy distintas.

Bajo cualquier definición e interpretación razonable de la ley (particularmente tras la ley de reforma corporativa de *Enron, WorldCom, Global Crossing y Sarbanes-Oxley*) este análisis e intento de derrocamiento es falaz y poco ético. Ésta y otras tácticas similares deben ser investigadas por el Congreso de la nación, la Comisión Federal de Comercio y la Comisión de Seguridad e Intercambio.

La Campaña Exxon Mobil fue concebida para obligar a Exxon Mobil a asumir una “postura responsable en cuanto al calentamiento global” y destinar “inversiones importantes para encontrar soluciones”. Sus tácticas incluyen: teatro callejero, campañas de cartas, resoluciones de accionistas, juicios escandalosos para “sentenciar” a la compañía por violaciones a los derechos humanos “y un

poder corporativo ilimitado”; además de amenazas hábilmente disimuladas de pleitos judiciales y de “acción directa”. Pero aquí hay más de lo que puede verse y más de lo que la Campaña Exxon Mobil quiere que la gente vea.

La Campaña Exxon Mobil es en realidad un grupo para la *Fundación de Texas para la Educación de Energía y Medio Ambiente (FTEEM)*. FTEEM, a cambio, recibe su dinero de *Energy Foundation*, un conglomerado de siete fundaciones gigantescas de izquierda: la fundación Rockefeller, Pew Charitable Trusts, la fundación John D. y Catherine T. MacArthur, la fundación Packard, la fundación Hewlett, la fundación McKnight y la fundación Joyce Mertz-Gilmore. Estos gigantes totalizan activos por 21 mil millones de dólares, obtenidos en su mayor parte de multinacionales.

Otro jugador importante en los esfuerzos contra Exxon Mobil es *CorpWatch*, que se esconde bajo el paraguas protector de *Tides Center*, un discreto “fondo aconsejado por donantes” que obtiene grandes sumas de dinero de corporaciones y fundaciones poderosas.

Tratar de entender como trabajan estos grupos, sus interconexiones y la forma en que lavan dinero, tomaría muchas horas de ardua investigación ya que esta información no está disponible para el inversor común o el ciudadano interesado.

De hecho, luego del caso Enron, casi todas las relaciones imaginables de comprador-vendedor, consumidor-mercader, relación publica-corporativa están siendo examinadas mucho más en detalle que en el pasado. Pero las relaciones de largo alcance que aquí se detallan siguen sin ser revisadas y continúan libres de las acciones legislativas, reguladoras y judiciales. Nadie está sugiriendo que las organizaciones de activistas medioambientales no deberían tener el derecho a organizarse, de hablar acerca de su causa y de promoverla. Sin embargo, deberían hacerlo respetando las leyes, las normas y las guías éticas que gobiernan a las empresas y asociaciones comerciales con fines de lucro.

La capacidad de este cartel de organizaciones de para manipular mercados y precios, presionar a compañías y consumidores, engañar a los inversionistas y violar numerosos códigos de ética es enorme. Sus conflicto de intereses es claro y evidente y su integridad esta en la misma situación.

Ha llegado la hora de que Robert Monks, Claros consulting, Exxon Mobil Campaign y todo su grupo de aliados se limpien de pecado. Que hagan todo lo que le obligan a hacer a las corporaciones lucrativas. Que abran sus libros y proporcionen una revelación completa de sus reuniones, contactos y relaciones monetarias y otras, directas o indirectas. Que actúen de acuerdo a las leyes de falsa publicidad y acaten las normas aceptadas de honestidad, integridad y responsabilidad.